

gusto una compañera y casándose con la mujer que supiese conquistarles el corazón.

—Señora, sus palabras de usted me prueban que ni el espíritu de familia ni el espíritu religioso la conmueven. Por eso creo que no titubeará usted entre el egoísmo social que la hiere y el egoísmo individual que le hará desear goces.

—¿Existe acaso la familia, padre? Yo la niego en una sociedad en que, á la muerte del padre ó de la madre, se reparten los bienes y se manda que cada uno vaya por su lado. La familia es una asociación temporal y fortuita que no tarda en ser disuelta por la muerte. Nuestras leyes han destruido las casas, las herencias y la perpetuidad de los ejemplos y de las tradiciones. No veo más que escombros en torno mío.

—Señora, usted no se volverá hacia Dios hasta que le haga sentir el peso de su mano, y ojalá que tenga usted tiempo para hacer las paces con Él. Busca usted consuelo bajando los ojos á tierra, en lugar de levantarlos al cielo. El filosofismo y el interés personal han herido su corazón; y usted se muestra sorda á la voz de la religión como se muestran los hijos de este siglo sin creencias. Los placeres del mundo no engendran más que sufrimientos. Usted no hará más que cambiar de penas.

—Procuraré que su profecía no salga cierta, y seré fiel al que murió por mí—dijo la marquesa sonriéndose con amargura.

—El dolor no es viable más que en las almas preparadas para la religión—respondió el cura.

Y bajó respetuosamente los ojos para no dejar ver las dudas que pudieran pintarse en su mirada. Lo enérgico de las quejas escapadas á la marquesa le habían contristado. Reconociendo el yo humano bajo sus mil formas, desesperó de ablandar aquel corazón que el mal había disecado en lugar de enternecer, y donde el grano del Sembrador celeste no debía germinar, toda vez que su cariñosa voz había sido ahogada por el grande y terrible clamor del egoísmo. Empero, no dejó por eso de desplegar la constancia del apóstol, y volvió varias veces á visitarla, llevado siempre de la esperanza de volver hacia Dios á aquella alma tan noble y tan orgullosa; pero perdió la esperanza el día en que vió que la marquesa no quería hablar con él, nada más que porque encontraba un placer en recordar á aquel que ya no existía. No quiso, pues, rebajar su ministerio mostrándose complaciente

con una pasión, cesó en sus entrevistas y logró paulatinamente que la conversación fuese perdiendo aquel carácter.

La primavera llegó. La marquesa encontró satisfacciones en medio de su profunda tristeza; pues no sabiendo qué hacer, se ocupó de sus tierras, ordenando que se hiciesen en ellas algunos trabajos. En el mes de octubre dejó su antiguo palacio de Saint-Lange, donde se había vuelto á poner fresca y hermosa en medio de la ociosidad de un dolor que, si fué violento en un principio, acabó por amortiguarse poco á poco en medio de la melancolía. La melancolía se compone de una serie de oscilaciones morales, de las que la primera linda con la desesperación y la última con el placer: en la juventud es el crepúsculo de la mañana; en la vejez es el de la noche.

Quando su calesa pasó por la aldea, la marquesa recibió el saludo del cura, que iba de la iglesia á su presbiterio; pero, al responder á él, Julia bajó los ojos y volvió la cabeza para no volver á verlo. El sacerdote tenía razón sobrada contra esta pobre Artemisa de Efeso.

III

A LOS TREINTA AÑOS

Un joven de porvenir, y que pertenecía á una de esas familias cuyos nombres estarán siempre, á despecho de las leyes, íntimamente unidos á la gloria de Francia, se encontraba en el baile de la señora Firmiani. Esta dama le había dado algunas cartas de recomendación para tres ó cuatro amigos suyos de Nápoles. Don Carlos de Vandenesse (pues así se llamaba este joven) iba á darle las gracias y á despedirse de ella. Después de haber desempeñado varios cargos con talento, Vandenesse había sido agregado á uno de los ministros plenipotenciarios enviados al congreso de Laybach, y quería aprovechar su viaje para estudiar Italia. Esta fiesta era, pues, una especie de adiós á los goces de París, á esa vida alegre, á ese torbellino de pensamientos y de placeres, á los que se calumnia muchas veces, pero á los que tan

grato es abandonarse. Acostumbrado hacía ya tres años á saludar las capitales europeas y á desertar de ellas siguiendo el capricho de su destino diplomático, Carlos de Vandenesse no sentía gran cosa abandonar París. Sea que considerase una pasión verdadera como cosa que ocupase demasiado la vida de un hombre político, ó ya porque las mezquinas ocupaciones de una galantería superficial le pareciesen impropias de una alma grande, es lo cierto que las mujeres no le causaban á la sazón impresión alguna. La grandeza de alma nos hace tener á todos grandes pretensiones. En Francia, ningún hombre, ni siquiera el que sea una medianía, consiente en pasar únicamente por inteligente. Por eso, Carlos, aunque era joven, pues sólo tenía treinta años, se había acostumbrado filosóficamente á ver ideas, resultados y medios allí donde los hombres de su edad no ven más que sentimientos, placeres é ilusiones. En las profundidades de su alma, que la naturaleza había creado generosa, procuraba apagar el calor y la exaltación propia de los jóvenes. Trabajaba para hacerse frío calculador y para invertir en modales, en formas amables y en artificios de seducción las riquezas con que le había dotado la casualidad, obra ésta de un verdadero ambicioso, y papel triste emprendido con el único objeto de alcanzar lo que llamamos hoy *una buena posición*. Dirigía una última ojeada á los salones donde se bailaba. Antes de dejar el baile, quería, sin duda, llevarse su imagen, como el espectador de la Opera que no sale de su palco sin admirar el cuadro final. Pero, por un capricho fácil de comprender, el señor de Vandenesse estudiaba las costumbres puramente francesas y el brillo y los risueños rostros de aquella fiesta parisiense, relacionándolos, en su mente, con las fisonomías nuevas y las pintorescas escenas que vería en Nápoles, donde se proponía pasar algunos días antes de ir á ocupar su puesto. Parecía comparar á Francia con un país cuyas costumbres y paisajes sólo conocía por referencias contradictorias ó por libros, en su mayor parte mal escritos. Algunas reflexiones bastante poéticas, pero que se han hecho hoy ya bastante vulgares, le pasaron entonces por la cabeza, y respondieron, acaso sin que él mismo se diese cuenta, á los secretos de su corazón, más exigente que estragado, más desocupado que marchito.

—He aquí—se decía—las mujeres más elegantes, más ricas y más distinguidas de París. Aquí están las celebra-

des del día y las notabilidades de la tribuna, de la aristocracia y de la literatura. Allí los artistas; más allá los hombres de poder. Y, sin embargo, no veo más que miserables intrigas, amores abortados, sonrisas que no dicen nada, miradas sin brillo, y mucha gracia, pero prodigada sin objeto. Todos estos rostros blancos y rosáceos buscan más bien distracciones que placer. Ninguna distracción es verdadera. El que quiera únicamente plumas bien colocadas, bonitos tocados y mujeres delicadas; el que no quiera ver más que una superficie deslumbrante, aquí tiene su mundo. Pero tiene que contentarse con frases insignificantes y con encantadoras muecas, sin pedir nunca un sentimiento á esos corazones. Por mi parte, siento horror por estas mezquinas intrigas, que acaban con matrimonios, con subprefecturas ó con administraciones generales, ó, si se trata de amor, con secretos arreglos. De todos estos elocuentes rostros no veo ninguno que anuncie un alma entregada á una idea ó á un remordimiento. El pesar ó la desgracia se ocultan aquí vergonzosamente bajo mentidas formas. No veo ninguna de esas mujeres con quienes me gustaría luchar y que me llevaría á un abismo. ¿Dónde encontrar energía en París? Mujeres, sentimientos, ideas, todo se parece. Aquí ya no existen pasiones desde que las individualidades han desaparecido. Los rangos, los talentos, las fortunas, han sido niveladas y hemos tomado todos el traje negro como para ponernos luto por Francia muerta. Ya no amamos á nuestros iguales. Entre dos amantes es preciso que existan diferencias que borran y vacíos que llenar. ¡El encanto del amor se extinguió en 1789! Nuestro aburrimiento, nuestras insípidas costumbres, son el resultado de nuestro sistema político. Al menos, en Italia, esta cuestión está zanjada. Las mujeres se consideran aún allí como animales malhechores, sirenas peligrosas, sin razón, sin más lógica que sus gustos y sus apetitos, y de los cuales es preciso desconfiar como se desconfía de los tigres...

La señora Firmiani fué á interrumpir este monólogo, cuyos mil pensamientos contradictorios, inacabados y confusos son intraducibles. El mérito de un sueño estriba solamente en su vaguedad, porque, ¿no es esto una especie de amor intelectual?

—Quiero presentarle á una mujer que, por lo que ha oído hablar de usted, tiene grandes deseos de conocerle—le dijo la señora Firmiani cogiéndole del brazo.

Y lo llevó á un salón vecino, donde le mostró con un gesto, una sonrisa y una mirada verdaderamente parisien- ses, una mujer sentada en el rincón de la chimenea.

—¿Quién es?—preguntó con vivacidad el conde de Vandenesse.

—Una mujer de la que seguramente ha hablado usted más de una vez para alabarla ó para murmurar; una mujer que vive en la soledad, un verdadero misterio.

—Si alguna vez ha sido usted clemente en su vida, le ruego por favor que me diga su nombre.

—La marquesa de Aiglemont.

—Voy á tomar lecciones de ella; pues ha sabido hacer un par de Francia de un marido que es una medianía, una capacidad política de un hombre nulo. Pero, dígame, ¿cree usted que lord Grenville haya muerto por ella, como aseguran algunas mujeres?

—Acaso. Desde que ocurrió esa aventura, falsa ó verdadera, la pobre mujer está muy cambiada. Desde entonces no volvió á presentarse en sociedad, y una constancia de cuatro años en París, ya quiere decir algo. Si la ve usted aquí...

La señora Firmiani se detuvo, y después añadió con aire astuto:

—Pero olvidaba que tengo que callarme. Vaya usted á hablar con ella.

Carlos permaneció un momento inmóvil, con la espalda ligeramente apoyada en el dintel de la puerta y muy ocupado en examinar á aquella mujer que se había hecho célebre sin que nadie pudiese saber los motivos en que se basaba su renombre. El mundo ofrece muchas anomalías de este género. Ciertamente que la reputación de la señora de Aiglemont no era más extraordinaria que la de algunos hombres que dicen que están trabajando en una obra desconocida: estadistas cuya fama está basada en cálculos, hechos por ellos, que se guardan bien de publicar; políticos que viven de un artículo de periódico; autores ó artistas cuya obra permanece siempre en cartera; gentes sabias con los que no entienden en ciencia, como Sganarelle, que es latinista con los que no saben latín; hombres á los que se les concede capacidad sobre un punto, sea ésta la dirección de las artes, ó alguna misión importante. Esta admirable palabra: *Es una especialidad*, parece haber sido creada para esas

especies de acéfalos políticos ó literarios. Carlos permaneció en contemplación más tiempo del que deseaba, y sintió vivo disgusto al ver que le preocupaba tanto una mujer; pero hemos de confesar también que la presencia de aquella mujer refutaba los pensamientos que el joven diplomático había concebido unos instantes antes, cuando contemplaba el baile.

La marquesa, que contaba á la sazón treinta años, aun- que tenía un cuerpo excesivamente delicado, era hermosa. Su mayor encanto provenía de su fisonomía, cuya calma denotaba su asombrosa profundidad de alma. Sus ojos, llenos de brillo, pero que parecían velados por la influencia de un pensamiento constante, acusaban una vida febril y la resignación más completa. Sus párpados, inclinados casi siempre castamente hacia tierra, se levantaban raras veces. Si dirigía miradas en torno suyo, lo hacía con movimiento triste, y parecía que reservase el fuego de sus ojos para ocultas contemplaciones. Esta es la razón por la que todos los hombres se sentían atraídos hacia aquella mujer amable y silenciosa. Si el espíritu procuraba penetrar los misterios de la perpetua reacción que se operaba en ella, del presente hacia el pasado, del mundo á su soledad, no estaba menos interesada el alma en iniciarse en los secretos de un corazón, orgulloso en cierto modo de sus sufrimientos. Por otra parte, nada en ella desmentía las ideas que inspiraba desde un principio. Como la mayor parte de las mujeres que tienen los cabellos largos, era pálida y completamente blanca. Su piel, de prodigiosa finura, síntoma que rara vez engaña, anunciaba una verdadera sensibilidad, justificada por la naturaleza de sus facciones, que tenían ese acabado maravilloso que los pintores chinos dan á sus fantásticas figuras. Su cuello era un poco largo; pero esta clase de cuellos es la más graciosa, y comunica á la cabeza de las mujeres las más afinidades con las magnéticas ondulaciones de la serpiente. Y si no existiese ninguno de los mil indicios por los que los caracteres más disimulados se revelan al observador, bastaría examinar atentamente los gestos de la cabeza y los contornos del cuello, tan graciosos y tan expresivos, para juzgar á una mujer. En la señora de Aiglemont, su postura estaba en armonía con el pensamiento que la dominaba. Los mechones de su abundante cabellera formaban sobre su cabeza una elevada corona, á la que no se mezclaba ningún adorno, pues parecía haber dicho adiós para

siempre á los rebuscados detalles del tocado. Por eso no se veían nunca en ella esos pequeños cálculos de coquetería que perjudican á muchas mujeres. Pero por modesto que fuese su vestido, no por eso ocultaba por completo la elegancia de su talle. Todo el lujo de su vestido consistía en el corte extraordinariamente distinguido, comunicándole, los numerosos y sencillos pliegues de sus ropas, un gran aire de nobleza. Empero, no dejaba de hacer notar las indelebiles debilidades de la mujer, en los minuciosos cuidados que ponía en sus manos y en sus pies; pero, si los mostraba con gusto, parecían sus movimientos tan involuntarios é hijos de infantiles costumbres, que á la más maliciosa rival le hubiera sido difícil tildarlos de afectados. Este resto de coquetería estaba, por otra parte, excusado por su graciosa negligencia. Aquella masa de rasgos, aquel conjunto de pequeñeces que hacen á una mujer fea ó bonita, simpática ó desagradable, no pueden ser más que indicadas, sobre todo cuando, como en la señora de Aiglemont, es el alma el lazo de todos los detalles y les imprime una deliciosa unidad. Por eso, su actitud estaba perfectamente de acuerdo con el carácter de su rostro y de sus modales. Unicamente á cierta edad y ciertas mujeres escogidas, saben dar expresión á su actitud. ¿Es el pesar ó la dicha lo que presta á la mujer de treinta años, á la mujer feliz ó desgraciada, el secreto de ese elocuente porte? Cosa es ésta que será siempre un enigma que cada uno interpretará á medida de sus deseos, de sus esperanzas ó de su sistema. La manera como la marquesa tenía los codos apoyados en los brazos del sofá y juntaba las extremidades de los dedos de ambas manos como si jugase; la curva de su cuello y el abandono de su cuerpo cansado, pero esbelto; la dejadez de sus piernas; la indiferencia de sus posturas, y sus movimientos llenos de cansancio, revelaban á la mujer sin interés por la vida, que no ha conocido los placeres del amor, pero que los ha soñado, y que se encorva bajo el peso de sus recuerdos; revelaba á la mujer que hace ya tiempo que desespera del porvenir ó de sí misma, ó á la mujer desocupada que no aprecia en nada la vida. Carlos de Vandenesse admiró este magnífico cuadro y lo consideró producto de un *saber hacer* más hábil que el de las mujeres ordinarias. Conocía al señor de Aiglemont. A la primera mirada que dirigió á aquella mujer, á quien no había visto aún, el joven diplomático vió des-

proporciones é incompatibilidades entre aquellas dos personas, para que fuese posible que la marquesa amase á su marido. Sin embargo, la señora de Aiglemont observaba una conducta irreprochable, y su virtud daba aún mayor precio á todos los misterios que un observador pudiese presentir en ella. Cuando pasó el primer momento de sorpresa, Vandenesse buscó la mejor manera de abordar á la señora de Aiglemont, y, empleando una astucia diplomática bastante vulgar, se propuso azorarla para saber cómo acogería una estupidez.

—Señora—dijo sentándose á su lado,—una feliz indiscreción me ha hecho saber que tengo la dicha de ser distinguido por usted, aunque no puedo adivinar la causa. Debo á usted tanto mayor agradecimiento, cuanto que nunca he sido objeto de semejante favor. En lo sucesivo no quiero ya ser modesto.

—Caballero, haría usted mal—dijo Julia riéndose.—Es preciso dejar la vanidad para aquellos que no tienen ninguna otra cosa que ostentar.

De este modo se entabló una conversación entre la marquesa y el joven, conversación que, como acostumbra á ocurrir, abarcó una multitud de materias: la pintura, la música, la literatura, la política, los hombres, los acontecimientos y las cosas. Después, insensiblemente, fueron á parar al objeto eterno de las conversaciones francesas y extranjeras; al amor, á los sentimientos y á las mujeres.

—Nosotras somos esclavas.

—Ustedes son reinas.

A estas sencillas expresiones pueden reducirse las frases, más ó menos ocurrentes, pronunciadas por Carlos y la marquesa, y todas las conversaciones, presentes y futuras, que puedan tenerse sobre esta materia. Estas dos frases, en determinadas ocasiones, ¿no querrán siempre decir: «Ameme usted.—Yo le amaré?»

—Señora—exclamó cariñosamente Carlos de Vandenesse,—el haber conocido á usted me hace tener un gran sentimiento, por verme obligado á salir de París. Seguramente que no pasaré en Italia horas tan agradables como esta que acabo de pasar.

—Caballero, acaso encuentre usted la dicha, que es preferible á todos los pensamientos ocurrentes, verdaderos ó falsos, que se dicen todas las noches en París.

Antes de separarse de la marquesa, Carlos obtuvo el permiso para ir á despedirse de ella á su casa. Se consideró muy feliz por haber hecho con sinceridad su petición, cuando por la noche al acostarse, y al día siguiente, durante todo el día, vió que le era imposible apartar de su mente el recuerdo de aquella mujer. Ya se preguntaba por qué le habla distinguido la marquesa, y cuál podrían ser sus intenciones al manifestar deseos de volver á verle; haciendo de todo esto infinidad de comentarios. Ya creía conocer los motivos de aquella curiosidad, y se embriagaba entonces de esperanza ó se enfriaba, según la manera que tenía de interpretar aquel cortés deseo, tan vulgar en París. Tan pronto era para él aquello todo como nada. Por fin, quiso resistir á los deseos que le inclinaban hacia la señora de Aiglemont, pero no pudo menos de ir á su casa. Existen pensamientos á los que obedecemos sin conocerlos, porque están en nosotros sin que nos demos cuenta. Aunque esta reflexión parezca más bien paradógica que verdadera, todo el que la mire de buena fe no dejará de encontrar mil pruebas de ella en su vida. Al ir á casa de la marquesa, Carlos obedecía á uno de esos textos preexistentes cuyos desarrollos sensibles no son después más que nuestra experiencia y las conquistas de nuestro espíritu. Una mujer de treinta años tiene irresistibles atractivos para un joven, y nada más natural y mejor supuesto que los profundos lazos que se habían de establecer entre una mujer como la marquesa y un joven como Vandenesse. En efecto, una joven tiene demasiadas ilusiones, demasiada inexperiencia, y el sexo es demasiado cómplice de su amor, para que un joven pueda sentirse halagado con él; mientras que una mujer conoce toda la extensión de los sacrificios que hace. Allí donde la una es arrastrada por su curiosidad y por seducciones extrañas al amor, la otra obedece á un sentimiento concienzudo. La una cede y la otra escoge. Y esta elección, ¿no es ya una inmensa adulación? Armada de un saber adquirido á costa de grandes desdichas, al entregarse, la mujer de experiencia parece entregar algo más que ella misma; mientras que la joven, ignorante y crédula, sin saber nada, sin poder apreciar nada y sin comparar nada, acepta el amor y lo estudia. La una nos instruye y nos aconseja á una edad en que uno prefiere dejarse guiar y en que la obediencia es un placer; la una quiere aprenderlo todo y se muestra sencilla, cuando la otra

se mostraría tierna. Aquella nos ofrece únicamente un triunfo, mientras que ésta nos obliga á perpetuos combates. La primera no tiene más que lágrimas y placeres; la segunda voluptuosidades y remordimientos. Para que una joven tenga los encantos de una querida, tiene que estar demasiado corrompida, y entonces se abandona con horror; mientras que una mujer, tiene mil medios de conservar á la vez su poder y su dignidad. La una, demasiado sumisa, nos ofrece las tristes seguridades del descanso; la otra pierde demasiado para no pedir al amor sus mil metamorfosis. La una se deshonorá á sí sola, mientras que la otra mata en provecho propio á toda una familia. La joven no tiene más que una coquetería, y cree haberlo dicho ya todo cuando se ha desprovisto de su pudor; pero la mujer tiene innumerables pudores, se oculta bajo mil velos y acaricia todas las vanidades, cuando la novicia no halaga más que una. Por otra parte, nacen indecisiones, terrores, temores, turbaciones y tormentos en la mujer de treinta años, que no se encuentran nunca en el amor de una joven. Llegada á esa edad, la mujer pide á un joven que le restituya la estimación que ella le ha sacrificado; no vive más que para él, se ocupa de su porvenir, le desea una vida agradable, se la ordena gloriosa, y le obedece, le ruega y le manda, se rebaja y se eleva, y sabe consolar en mil ocasiones, en que la joven no sabe más que gemir. Finalmente, á más de todas las ventajas de su posición, la mujer de treinta años sabe hacerse la joven, desempeñar todos los papeles, ser púdica y embellecerse hasta con una desgracia. Entre las dos existe la inconmensurable diferencia de lo previsto á lo imprevisto, de la fuerza á la debilidad. La mujer de treinta años lo satisface todo, mientras que la doncella, so pena de dejar de serlo, no debe satisfacer nada. Estas ideas se desarrollan en el corazón de un joven y originan en él la más fuerte de las pasiones, porque reúne los sentimientos ficticios creados por las costumbres y los sentimientos reales de la naturaleza.

El paso más capital y más decisivo en la vida de las mujeres, es precisamente el que las mujeres consideran siempre como el más insignificante. Casada, no se pertenece ya, y es como el más insignificante. Casada, no se pertenece ya, y es como el más insignificante. Casada, no se pertenece ya, y es como el más insignificante. La santidad de la reina y la esclava del hogar doméstico. La santidad de la mujer es inconciliable con los deberes y las libertades del mundo. Emancipar á las mujeres es corromperlas. Conceder á un extraño el derecho de entrar en el santuario del

hogar, ¿no es ponerse á merced suya? Pero si una mujer lo atrae á él, ¿no es esto una falta, ó, mejor dicho, el principio de una falta? Es preciso aceptar esta teoría en todo su rigor ó absolver las pasiones. Hasta ahora, en Francia, la sociedad ha sabido adoptar un *mezzo termine*: se burla de las desgracias. Como los espartacos, que no castigaban más que las faltas de vigilancia, parece admitir el robo. Pero acaso este sistema sea muy sabio. El desprecio general constituye el más espantoso de todos los castigos, por lo mismo que ataca á la mujer en el corazón. Las mujeres procuran ó deben procurar todas mantenerse honradas, pues sin la estimación no son nada: por eso es este el primer sentimiento que exigen al amor. La más corrompida de ellas exige, ante todo, una absolución del pasado, al vender el porvenir, y procura hacer comprender á su amante que cambia las dichas que el mundo le ha de negar por irresistibles felicidades. No existe mujer que, al recibir por primera vez en su casa á un joven, y encontrarse sola con él, no se haga alguna de estas reflexiones, sobre todo si es, como Carlos de Vandenesse, guapo ó talentoso. Asimismo, pocos jóvenes dejan de fundar alguno de sus secretos votos en alguna de las mil ideas que justifican su amor innato por las mujeres hermosas, inteligentes ó desgraciadas, como lo era la señora de Aiglemont. Por eso la marquesa quedó turbada al oír que anunciaban al señor de Vandenesse, y por eso éste se mostró casi avergonzado, á pesar de su aplomo, que, en los diplomáticos, es casi un hábito. Pero la marquesa no tardó en tomar ese aire afectuoso bajo el cual se cobijan las mujeres para defenderse de las interpretaciones de la vanidad. Esta actitud excluye toda segunda intención, y ayuda, por decirlo así, al pensamiento, atemperándolo con las formas de la cortesía. Las mujeres se mantienen entonces tanto tiempo como quieren en esta posición equívoca, cual si estuviesen en una encrucijada que fuese punto de partida para el respeto, la indiferencia, el asombro ó la pasión. Sólo á los treinta años puede una mujer conocer los recursos de esta situación. Colocada en ella, sabe reír, enternecerse y bromear, sin comprometerse por ello, y posee tacto necesario para atacar todas las cuerdas sensibles de un hombre y para estudiar los sonidos que brotan de ellas. Su silencio es tan peligroso como su palabra. A esa edad, no adivinaréis nunca si es franca ó hipócrita, si se burla ó si sus declaraciones son sin-

ceras. Después de habernos concedido el derecho de luchar con ella, de repente, con una palabra, con una mirada, con uno de esos gestos cuyo poder conoce, termina el combate, nos abandona, y permanece dueña de nuestro secreto, en posición para inmolarnos con una pulla, en libertad para ocuparse de nosotros, y protegida igualmente por su debilidad y por su fuerza. Aunque, durante esta primera visita, se colocase la marquesa en ese terreno neutral, supo conservar en él una elevada dignidad de mujer. Sus secretos dolores siguieron arrojando un tenue velo sobre su ficticia alegría, cual la ligera nube que oculta imperfectamente al sol. Después de haber experimentado en aquella conversación inauditas delicias, Vandenesse salió; pero quedó convencido de que la marquesa era una de esas mujeres cuya conquista cuesta demasiado cara, para que nadie pueda decidirse á emprenderla.

—La aventura sería trabajosa y originaria una correspondencia capaz de cansar á un subyefe ambicioso—se dijo Vandenesse al salir.—Sin embargo, si yo me propusiera...

Este fatal *si yo me propusiera* ha perdido siempre á los testarudos. En Francia, el amor propio conduce á la pasión. Carlos volvió á casa de la señora de Aiglemont y le pareció que ésta gustaba de su conversación. Entonces, en lugar de entregarse con sencillez á la dicha de amar, quiso desempeñar un doble papel. Después de analizar fríamente la marcha de aquella intriga y de ser amante y diplomático, procuró mostrarse apasionado; pero era generoso y joven, y este examen debía llevarle á un amor sin límites, pues artificiosa ó natural, Julia era siempre superior á él. Cada vez que salía de casa de la señora de Aiglemont, Carlos persistía en su desconfianza, y sometía las situaciones progresivas por que pasaba su alma, á un severo análisis, que mataba sus propias emociones.

—Hoy—se decía en la tercera visita—me ha hecho comprender que es muy desgraciada y que, sin su hija, desearía ardientemente la muerte. Ha dado muestras de una resignación completa. Pero si no soy su hermano ni su confesor, ¿para qué me ha confiado sus pesares? Indudablemente, me ama.

Dos días después, al marcharse, criticaba las costumbres modernas, de este modo:

—El amor toma el color de cada siglo. En 1822 es doc-

trinario. En lugar de probarse como antaño con hechos, se discute, se diserta sobre él y se explana en discursos, como se hace en las cortes con los asuntos de la nación. Las mujeres están reducidas á tres medios: en primer lugar, atormentan nuestra pasión y nos niegan poder para amar tanto como ellas aman. ¡Coquetería! ha sido la palabra que á modo de reto me ha dirigido esta noche la marquesa. En segundo lugar, se hacen las víctimas para excitar nuestras generosidades naturales ó nuestro amor propio. ¿No es siempre halagüeño para un joven el servir de consuelo á un gran infortunio? Finalmente, tienen la manía de la virginidad. Sin duda se ha pensado que yo la creo limpia de toda mancha. Mi fingida fe puede llegar á ser una excelente especulación.

Pero llegó un día en que, después de haber agotado sus pensamientos de desconfianza, se preguntó si la marquesa era sincera; si aquellos sufrimientos fuesen fingidos, ¿por qué afectar resignación? Julia vivía en una soledad profunda y devoraba en silencio pesares que dejaba apenas adivinar por el acento más ó menos apenado de una interjección. Desde aquel momento, Carlos tomó un vivo interés por la señora de Aiglemont. Empero, cuando acudía á la cita, que se les había hecho tan necesaria al uno como á la otra, hora que parecía que se habían reservado con un mutuo instinto, Vandenesse encontraba á su amada más hábil que sincera, y siempre acababa diciendo: «Es indudable que esta mujer es muy ladina». Entró y vió á la marquesa en su actitud favorita, actitud llena de melancolía. Julia fijó sus ojos en él y le dirigió una de esas miradas francas que parecen una sonrisa. La señora de Aiglemont expresaba una confianza y amistad verdaderas, pero nada de amor. Carlos se sentó y no pudo decir nada, porque era presa de una de esas sensaciones que le privan á uno de la palabra.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó la marquesa cariñosamente.

—Nada... ó, mejor dicho, pienso en una cosa de la que usted no se ha ocupado aún.

—¿Qué es ello?

—Pues... que el congreso ha acabado.

—Pero ¿tenía usted que ir al congreso?

Una respuesta directa hubiera sido la más delicada y la más elocuente de las declaraciones; pero Carlos no la hizo. La fisonomía de la señora de Aiglemont demostraba una

amistad tan candorosa, que destruía todos los cálculos de la vanidad, todas las esperanzas del amor y todas las desconfianzas de la diplomacia; ignoraba ó parecía ignorar completamente que fuese amada; y, cuando Carlos, todo confuso, se reconcentró en sí mismo, se vió obligado á confesarse que no había hecho ni dicho nada que autorizase á aquella mujer para creer en una pasión. Aquella noche, el señor de Vandenesse encontró á la marquesa como la había encontrado siempre: sencilla y afectuosa, sincera en su dolor, feliz porque tenía un amigo, y orgullosa por haber encontrado un alma que supiese entender la suya. No pasaba de aquí, ni suponía que una mujer pudiese dejarse seducir dos veces; pero había conocido el amor y lo guardaba aún fresco en el fondo de su corazón, y no podía comprender que la dicha derramase dos veces sus dones sobre una mujer, pues no creía solamente en los atractivos corporales, sino también en el alma, y para ella el amor no era una seducción, sino que llevaba consigo todas las seducciones nobles. En este momento, Carlos volvió á ser joven, quedó deslumbrado por el brillo de aquel gran carácter, y quiso ser iniciado en todos los secretos de aquella existencia marchita, más bien por la casualidad que por una falta. La señora de Aiglemont no dirigió más que una mirada á su amigo, al oír que éste le pedía cuenta del exceso de pesar, que comunicaba á su belleza todas las armonías de la tristeza; pero esta mirada profunda fué como el sello de un solemne contrato.

—No me haga usted más preguntas de esa naturaleza—le dijo Julia.—Hoy hace cuatro años justos que el que me amaba, el único hombre por quien yo hubiese sacrificado hasta mi propia estimación, murió, y murió por salvarme el honor. Ese amor cesó al nacer y cuando aún era puro y estaba lleno de ilusiones. Antes de entregarme á una pasión hacia la cual me empujó una fatalidad sin ejemplo, fuí seducida por lo que pierde á muchas jóvenes: por las formas agradables de un hombre nulo. El matrimonio deshojó mis esperanzas una á una, y hoy llevo perdida la dicha legítima y esa otra dicha que se llama criminal, sin haber conocido nunca la dicha. Ya no me queda nada. Si no he sabido morir, debo ser al menos fiel á mis recuerdos.

Mientras decía estas palabras, no lloró; pero bajó los ojos y se retorció los dedos, que acostumbraba á tener cruzados. Todo ello fué dicho con sencillez; pero el acento de su

voz era el acento de una desesperación tan profunda, como profundo parecía haber sido su amor, y no dejaba ninguna esperanza á Carlos. Aquella espantosa existencia, traducida en tres frases y comentada con una torsión de manos, aquel fuerte dolor en una mujer débil, aquel abismo en una cabeza hermosa, y finalmente, la melancolía y las lágrimas de un luto de cuatro años, fascinaron á Vandenesse, que permaneció achicado y silencioso ante aquella mujer grande y noble; ya no veía en ella las bellezas materiales, tan palpables y acabadas, sino su alma tan eminentemente sensible. Por fin, encontraba aquel ser ideal tan fantásticamente soñado, tan vigorosamente deseado por todos los que cifran la vida en una pasión, la solicitan con ardor, y mueren á veces sin haber podido gozar de todos sus soñados tesoros.

Oyendo aquel lenguaje y contemplando aquella sublime belleza, Carlos encontró mezquinas sus ideas y, considerándose impotente para pronunciar palabras que estuviesen á la altura de esta escena, tan sencilla al par que elevada, respondió con vulgaridades acerca del destino de las mujeres.

—Señora, es preciso saber olvidar los dolores, ó morir —dijo.

Pero siempre es mezquina la razón al lado del sentimiento; la una es naturalmente limitada como todo lo que es positivo, mientras que la otra es infinita. Razonar cuando es preciso sentir, es propio únicamente de almas sencillas. Vandenesse guardó, pues, silencio, contempló á la señora de Aiglemont, y salió. Engolfado en nuevas ideas que le agrandaban á aquella mujer, se parecía á un pintor que, después de haber tomado por tipos los vulgares modelos de su taller, se encontrase de pronto la *Mnemosyne* del Museo, que es la estatua antigua más hermosa y la menos apreciada. Carlos quedó profundamente enamorado. Amó á la señora de Aiglemont con esa buena fe de la juventud, con ese fervor que comunica á las primeras pasiones una gracia inefable y un candor que el hombre no vuelve á encontrar ya nunca, más que en ruinas, cuando más tarde vuelve á amar; deliciosas pasiones saboreadas casi siempre deliciosamente por las mujeres que las hacen nacer, pues á esa hermosa edad de treinta años, cima poética de la vida de las mujeres, éstas pueden abrazarlo todo, y pueden ver lo mismo en el pasado que en el porvenir. En este caso es cuando las mu-

eres conocen todo el valor del amor, y gozan de él con el temor de perderlo; entonces su alma posee aún la juventud que está próxima á abandonarla, y su pasión va fortaleciéndose siempre, mediante la influencia de un porvenir que les espanta.

En esta última visita, cuando Vandenesse se separó de la marquesa, se iba diciendo:

—Estoy enamorado, indudablemente, y por desgracia tropiezo con una mujer muy apegada á sus recuerdos. La lucha es difícil contra un muerto que no existe ya, que no puede cometer tonterías, que no desagrada nunca, y del que sólo se tienen presentes las buenas cualidades. Intentar matar los encantos de la memoria y las esperanzas que sobreviven á un amante perdido, y que sobreviven precisamente porque no ha despertado más que deseos, que es lo más seductor y lo más hermoso que tiene el amor, ¿no es querer destruir á la perfección?

Esta triste reflexión, debida al desaliento y al temor de no lograr sus deseos, que es por donde empiezan siempre todas las pasiones verdaderas, fué el último cálculo de su expirante diplomacia. Desde entonces dejó ya de llevar segundas intenciones, pasó á ser juguete de su amor, y se perdió en las fatalidades de esa dicha inexplicable que se alimenta con una palabra, con un silencio, con una vaga esperanza. Quiso amar platónicamente, fué todos los días á respirar el aire que respiraba la señora de Aiglemont, se instaló casi en su casa, y la acompañó á todas partes, con la tiranía propia de la pasión que mezcla el egoísmo con la abnegación más absoluta. El amor tiene su instinto y sabe encontrar el camino del corazón, del mismo modo que el débil insecto sabe buscar, con una penetración que no asombra á nadie, la flor que le sirve de alimento. Cuando un sentimiento es verdadero, su destino no es dudoso. ¿No hay para sumir á una mujer en todas las angustias del terror, si ella llega á pensar que la vida de la pasión depende de la mayor ó menor cantidad de verdad, de fuerza y de persistencia que su amante emplee en sus deseos? Pero á una mujer, á una esposa, á una madre, le es imposible preservarse del amor de un joven; la única cosa que puede hacer es no continuar viéndole desde el momento en que adivina ese secreto del corazón, que las mujeres adivinan siempre. Pero este partido es demasiado decisivo para que una mujer

pueda tomarlo á una edad en que el matrimonio pesa, aburre y cansa, y en que el afecto conyugal es ya muy frío, si el marido no la ha abandonado ya por completo. Las mujeres feas se ven halagadas por un amor que las hace hermosas; en las jóvenes y encantadoras, la seducción debe estar á la altura de sus seducciones, y, por lo tanto, debe ser inmensa; á las virtuosas, un sentimiento terrestremente sublime las inclina á encontrar no sé qué absolución en la grandeza misma de los sacrificios que hacen á su amante, y no sé qué gloria en esta difícil lucha. Todo son en ella lazos, y por eso ninguna lección es bastante para tan fuertes tentaciones. La reclusión que se ordenaba antaño á la mujer en Grecia y en Oriente, y que se pone hoy de moda en Inglaterra, es la única salvaguardia de la moral doméstica. Pero, bajo el imperio de este sistema, los atractivos del mundo perecen, y la sociedad, la cortesía y la elegancia de las costumbres, son entonces imposibles. Las naciones no tienen más remedio que escoger entre estos dos extremos.

Algunos meses después de su primera entrevista con Vandenesse, la señora de Aiglemont vió que su vida estaba estrechamente unida á la de este joven; se asombró sin confundirse, y casi sintió un placer en hacerle participar de sus gustos y en comunicarle sus pensamientos. ¿Era ella la que se había adaptado á las ideas de Vandenesse, ó era éste el que se habla sujetado á sus menores caprichos? Julia no quiso examinar nada de esto. Arrastrada ya por la corriente de la pasión, esta adorable mujer se dijo con la falsa buena fe del miedo:

—¡Oh! ¡no! seré fiel al que murió por mí.

Pascal ha dicho: «Dudar de Dios, es creer en él». Del mismo modo ocurre á las mujeres, las cuales no procuran desenredarse hasta que se ven cogidas. El día en que la marquesa se confesó que era amada, flotó sobre mil sentimientos contrarios. Las supersticiones de la experiencia hablaron su lenguaje. ¿Sería feliz? ¿podría encontrar la dicha fuera de las leyes, cuya moral forma, con razón ó sin ella, la sociedad? Hasta entonces, la vida no le había causado más que amarguras. ¿Había acaso un medio feliz para romper los lazos que unen á dos seres separados por las conveniencias sociales? Pero ¿no se paga siempre la dicha demasiado cara? Finalmente, ¿quién sabe si no encontraría ella al fin aquella dicha tan deseada, y que tan natural es que

busque todo el mundo! La curiosidad favorece siempre á los amantes. En medio de esta secreta discusión, llegó Vandenesse. Su presencia hizo desaparecer el fantasma metafísico de la razón. Si son estas las transformaciones sucesivas que sufre un sentimiento, aunque sea rápido, en un joven y en una mujer de treinta años, existe un momento en que las nubes se despejan y en que los razonamientos se reducen á una sola y única reflexión, que se confunde con el deseo y que lo corrobora. Cuanto más larga ha sido la resistencia, más poderosa es la voz del amor. A esto, pues, queda reducida esta lección, ó mejor dicho, este análisis; pues esta historia, más bien que describir, explica los peligros y el mecanismo del amor. Desde este momento, cada día fué añadiendo nuevos colores á este esqueleto, lo revistió con las gracias de la juventud, lo vivificó con movimientos, y le volvió el brillo, la belleza, las seducciones del sentimiento y los atractivos de la vida. Carlos encontró á la señora de Aiglemont pensativa, y cuando le preguntó: «¿Qué tiene usted?» con ese tono penetrante que las dulces magias del corazón hicieron persuasivo, la marquesa se guardó bien de responder. Esta deliciosa pregunta acusaba una perfecta armonía de almas, y, con ese instinto maravilloso de mujer, la marquesa comprendió que las quejas ó la expresión de una desgracia íntima serían en cierto modo demostraciones de amor. Si cada una de sus palabras tenía ya una significación que ambos comprendían, ¿en qué abismo iba á caer? Leyó en sí con una mirada lúcida y clara, se calló, y su silencio fué imitado por Vandenesse.

—Me encuentro mal—dijo Julia por fin, asustada de la importancia de aquel momento, en que el lenguaje de los ojos suplió completamente la impotencia de las palabras.

—Señora—repuso Carlos con afectuosa y emocionada voz,—la influencia del alma y del cuerpo es mutua. Si fuese usted feliz, estaría usted joven y fresca. ¿Por qué se niega usted á pedir al amor todo lo que éste le ha arrebatado? Cree usted terminada ya su vida, en el momento en que está empezando. Confíese usted á los cuidados de un amigo. ¿Es tan agradable verse amado!

—Soy ya vieja—dijo la marquesa,—y nada podría excusarme de no continuar sufriendo como sufrí en el pasado. Por otra parte, dígame usted, ¿acaso es necesario amar? Si así fuese, le advierto que ni quiero, ni debo, ni puedo.

Excepto usted, cuya amistad contribuye á dulcificar mi vida, nadie me agrada, nadie sabría borrar mis recuerdos. Acepto un amigo, pero huiría de un amante. Además, no me parece generoso cambiar un corazón marchito como el mío por un corazón joven, alimentar ilusiones de las que no puedo participar, y ser causa de una dicha, en la que no creería ó que temería perder. Acaso correspondería con egoísmo á la abnegación de un amante, y calcularía, cuando él no haría más que sentir. Mi memoria perjudicaría á la vivacidad de sus placeres. No, créame usted; el primer amor no se reemplaza nunca. Por otra parte, ¿qué hombre querría mi amor á ese precio?

Estas palabras, llenas de horrible coquetería, eran el último esfuerzo de la prudencia.

«Si se desanima, permaneceré sola, y seguiré siendo fiel». Este pensamiento acudió á la mente de aquella mujer, y fué para ella lo que es la débil rama de un sauce, cogida por un nadador antes de ser arrastrado por la corriente.

Al oír esta sentencia, Vandenesse dejó escapar un estremecimiento, que influyó más en el corazón de la marquesa que lo que habían influido todas sus anteriores asiduidades. Lo que más conmueve á las mujeres es encontrar en nosotros graciosas delicadezas y sentimientos tan exquisitos como los suyos, pues la gracia y la delicadeza son en ellas los indicios de lo verdadero. El gesto de Carlos revelaba un verdadero amor. La señora de Aiglemont midió la fuerza del afecto de Vandenesse por la fuerza de su dolor.

—Acaso tenga usted razón — dijo con frialdad el joven. —Nuevo amor, nuevo dolor.

Y acto continuo cambió de conversación y habló de cosas indiferentes; pero estaba visiblemente emocionado y miraba á la señora de Aiglemont con concentrada atención, cual si no hubiese de verla ya nunca más. Por fin, se separó de ella, diciéndole emocionado:

—Adiós, señora.

—Hasta la vista—le contestó Julia con esa fina coquetería cuyo secreto poseen únicamente las mujeres distinguidas.

El joven no respondió y salió.

Cuando Carlos no estuvo ya allí, cuando su silla vacía habló por él, Julia sintió mil pesares y pareció arrepentida de la conducta que había observado. La pasión hace enor-

mes progresos en la mujer en el momento en que ésta cree haber obrado poco generosamente ó haber herido á alguna alma noble. En materia de amor, no hay que desconfiar nunca de los malos sentimientos, porque son saludables; las mujeres sólo sucumben bajo la influencia de una virtud. *Que el infierno está empedrado de buenas intenciones* es una verdad indudable. Vandenesse permaneció algunos días sin ir á verla. Durante los días que duró esta ausencia, á la hora habitual de la visita, la marquesa le esperó con una impaciencia llena de remordimientos. Escribirle era una declaración, y, por otra parte, su instinto le decía que volvería. Al sexto día, el criado lo anunció, y jamás oyó Julia su nombre con tanto placer. Su alegría la asustó.

—Bien me ha castigado usted—le dijo.

Vandenesse la miró con fingido aire de asombro, y repitió:

—¿Castigado? Y ¿por qué?

Carlos comprendía perfectamente á la marquesa; pero desde el momento en que ella lo sospechaba quería vengarse de los sufrimientos que le había ocasionado.

—¿Por qué no ha venido usted á verme?—le preguntó sonriendo.

—Pero ¿no ha recibido usted ninguna visita?—le dijo para no responderle directamente.

—Sí; los señores de Ronquerolles y de Marsay y el pequeño Esgrignon estuvieron aquí, los unos ayer, y el otro esta mañana. Creo que vi también á la señora Firmiani y á su hermana de usted, la señora de Listomere.

¡Otro sufrimiento! Dolor incomprensible para los que no aman con ese despotismo invasor y feroz cuyo más insignificante efecto son los celos monstruosos y un perpetuo deseo de privar al ser amado de toda influencia extraña al amor.

—¡Cómo!—se dijo Vandenesse—¡ha recibido, ha visto á seres contentos, les ha hablado, mientras que yo permanecía solitario y sumido en amarga pena!

Ocultó su pesar y procuró encerrar su amor en el fondo de su corazón. Sus pensamientos eran de esos que no se expresan y que tienen la rapidez de los ácidos, que matan al evaporarse. Sin embargo, su frente se arrugó, y la señora de Aiglemont obedeció á su instinto de mujer participando de aquella tristeza sin concebirla. Julia no era cómplice del mal que hacía, y Vandenesse se apercibió de ello

y acabó por hablar de su situación y de sus celos, como si hubiese sido una de esas hipótesis que los amantes se complacen en discutir. La marquesa lo comprendió todo, y se conmovió de tal modo, que no pudo contener las lágrimas. Desde este momento penetraron de lleno en los cielos del amor. El cielo y el infierno son dos grandes poemas que formulan los dos únicos puntos en que se basa nuestra existencia: la alegría y el dolor. ¿No es y no será siempre el cielo una imagen de lo infinito de nuestros sufrimientos, y no representa el infierno las torturas infinitas de nuestros dolores, cuya poesía podemos hacer, porque son todos diferentes?

Una tarde, los dos amantes estaban solos, sentados el uno al lado del otro, en silencio y ocupados en contemplar una de las fases más hermosas del firmamento, uno de esos cielos puros á los que los rayos del sol comunican débiles tintes de púrpura y oro. En este momento del día, las lentas gradaciones de la luz parecen despertar los sentimientos dulces, nuestras pasiones vibran lánguidamente, y, en medio de la calma, saboreamos las turbaciones de no sé qué violencia. Mostrándonos la dicha por medio de vagas imágenes, la naturaleza nos invita á gozar de ella cuando la tenemos cerca, ó á echarla de menos cuando la tenemos lejos. En esos instantes fértiles en encantos, bajo la bóveda de ese resplandor cuyas tiernas armonías se unen á íntimas seducciones, es difícil resistir á los deseos del corazón, que tienen entonces tanto encanto. En estos momentos, el pesar embota, el goce embriaga y el dolor aplasta. Las pompas de la tarde son la señal de las confesiones y contribuyen á animarlas. El silencio pasa á ser más peligroso que la palabra, comunicando á los ojos todo el poder del infinito que reflejan. Si se habla, la más insignificante palabra tiene un irresistible poder. ¿No hay entonces luz en la voz y púrpura en la mirada? ¿No está el cielo en nosotros, ó no nos parece estar en el cielo? Sin embargo, Vandenesse y Julia, pues hacía ya algunos días que ella se dejaba llamar tan familiarmente por aquel á quien ella se complacía en llamar Carlos, Vandenesse y Julia, repito, hablaban, pero el punto primitivo de su conversación estaba muy lejos de ellos, y si no conocían ya el sentido de sus palabras, escuchaban con delicia los secretos pensamientos que encubrían. La mano de la marquesa estaba en medio de las de Vandenesse, y ésta se la entregaba sin creer que esto fuese un favor.

Se inclinaron juntos para ver uno de esos majestuosos paisajes llenos de nieve, de hielos y de las grisáceas sombras que tiñen los flancos de fantásticas montañas. Uno de esos cuadros llenos de bruscas oposiciones entre las llamas rojas y los tonos negros que decoran los cielos con una inimitable y fugaz poesía. En este momento, los cabellos de Julia rozaron las mejillas de Vandenesse: ella sintió este contacto ligero y se estremeció violentamente, estremeciéndose él aun más, pues ambos habían llegado gradualmente á una de esas inexplicables crisis en que la calma comunica á los sentidos una percepción tan fina, que el más débil choque hace derramar lágrimas y desborda la tristeza, si el corazón está perdido en sus melancolías, ó le procura inefables placeres, si está sumido en los vértigos del amor. Julia estrechó casi involuntariamente la mano de su amigo. Esta presión persuasiva aminoró la timidez del amante. Los goces de este momento y las esperanzas del porvenir se fundieron en una emoción, en una primera caricia, en un casto y modesto beso, que la señora de Aiglemont recibió en el carrillo. El favor es más peligroso y poderoso cuando es más débil. Por desgracia para los dos, no había en todo aquello ni hipocresía ni falsedad. Aquello fué la armonía de dos almas hermosas, separadas por todo lo que es ley y reunidas por todo lo que es seducción en la naturaleza.

En este momento entró el general de Aiglemont diciendo:

—Vandenesse, el ministerio ha cambiado, y su tío de usted forma parte del nuevo gabinete. Ahora sí que tendrá usted ocasión para ser embajador.

Carlos y Julia se miraron y enrojecieron. Este mutuo pudor fué un lazo más; lazo terrible, tan fuerte entre dos bandidos que acaban de matar un hombre, como entre dos amantes culpables de un beso. Ambos tuvieron el mismo pensamiento y el mismo remordimiento; pero era preciso contestar al marqués, y Carlos de Vandenesse dijo:

—No pienso salir más de París.

—Ya sabemos la causa—añadió el general afectando la penetración del hombre que descubre un secreto.—No quiere usted separarse de su tío, á fin de que le nombre heredero de su título de par.

La marquesa se fué á su habitación, pronunciando respecto á su marido estas significativas palabras:

—¡No hay duda que es muy estúpido!